

● LA FRASE | MIQUEL DE PALOL

La seva edat i la seva bellesa justifiquen la seva insolència, diu Juvenal (*Sàtires*, V, 61); es refereix a un efeb amb classe, però la melencòlica sentència té un abast general. La ignorància és agosarada, podríem evocar en paral·lel, i la combinació de les dues apreciacions dibuixa l'escenari de la nostàlgia per-

fecta de l'hora de la vida en què un ja ocupa de ple la segona part d'un tercer pensament: *primum vivere, deinde filosofare*; la deixarem sense traduir, amb la seguretat que al lector que ha arribat fins aquí no li cal. El protocol dels mandarins xinesos tradicionals prescriu la norma confuciana pel comportament, i en

la vellesa, una mena de jubilació sapiencial permet acollir-se al taoisme, i canviar rigor total per llibertat de prerrogatives i permissivitat totals. La natura proporciona els beneficis de la dita inicial, els d'aquesta altra cal guanyar-se'ls: *la seva edat provecta i la seva saviesa jutifiquen la seva insolència*.



ÒSCAR SARRAMIA

Música acuática

Creció rodeado de alcohólicos, quiso ser saxofonista, acabó en clase con Cheever, se topó más tarde con Carver, pero para entonces ya había descubierto a Coover y había decidido que lo suyo sería el absurdo y no el realismo sucio. Impedimenta rescata la primera novela de T.C. Boyle, 'Música acuática', la historia de la mala suerte de un explorador rubio y un ladrón de cadáveres al que no le importa vestirse de mujer. Dice Boyle que escribir es como soñar despierto.

LAURA FERNÁNDEZ

Navidad de 1797. Mientras en Hampshire, **Jane Austen**, defraudada por el rechazo de *Primeras impresiones*, escribía, ligeramente molesta por la fría acogida, una novela gótica, a la que llamó *La abadía de Northanger*, en el Covent Garden, la alta sociedad inglesa se reunía para escuchar *El Mesías*, de **Händel**. Afuera, la nieve se amontonaba en el empedrado; adentro, **Mungo Park**, el torturado explorador recién llegado de la feroz África negra, está sentado junto a sir **Joseph Banks**, el presidente de la Asociación Africana. Sir Joseph es un buen amigo pero también es, aunque Mungo no quiera admitirlo, su casi verdugo, puesto que lo sufrido en su penosa y terrible incursión en tan salvaje continente (cocodrilos, abominables monstruos humanos de tres metros, brujos con gallinas muertas anudadas al

cuello, gallinas putrefactas que podrían maldecir al mundo entero y enviarlo, directo, al infierno), es, en parte, culpa suya. Pero Mungo ha logrado escapar y todo va bien, Mungo es tan famoso que, en breve, podrá escuchar al mismísimo rey Jorge pedir a gritos otra obra de Händel, la favorita de su bisabuelo, una obra que estrenó en 1717 en un barco que surcaba las aguas del Támesis: *Música acuática*. Obra que, dos siglos y 64 años más tarde habría de dar título a la primera novela de **Thomas Coraghessan Boyle**, el neoyorquino de las ardorosas y siempre malditas afueras que creció rodeado de alcohólicos (eso dice que fueron su padre y su madre, alcohólicos), y primero trató de hacerles la vida más fácil, y luego se la complicó, luego empezó a leer a **Aldous Huxley**, y a **Jack Kerouac**, y a **JD Salinger**, y a odiar a todo el mundo, y conducir como un

loco, y a beber y a drogarse y ni siquiera tenía aún 16 años.

A los 17 llegó, saxofón en mano, a Postdam y creía que lo suyo era la música, pero no lo era, lo suyo eran las letras, y así, acabó en clase con **John Cheever** y **John Irving**. Escuchó a Cheever hablar del amor y de los suburbios y de cómo de horrible puede llegar a ser la vida de un tipo cualquiera, y se puso a escribir. Escribió y escribió, bajo el auspicio de sus por autores favoritos (**Flannery O'Connor** y **Saul Bellow**), pero entonces se cruzaron en su camino Samuel Beckett y Robert Coover y se dijo que iba a destruirlo todo, a partir de entonces, iba a destruirlo todo. Entonces conoció a **Raymond Carver** y dijo de él que «era un tipo tremendamente tímido», y que lo que hacía se situaba en las antípodas de su universo, un universo en el que prima la

diversión («Oh, aquellos que no creen que la literatura debe ser divertida, la están condenando a muerte», dice), y el absurdo, lo grotesco y lo caníbal, ficcional, histórica y sobre todo *dickensianamente* hablando. A menudo se le ha tachado de *salvaje*, por la manera en que maltrata a sus personajes, a lo que él siempre responde algo parecido a: «¿Los he creado yo, no? ¿Están en mi universo, verdad? Pues que se preparen porque van a sufrir de lo lindo».

A sus 67 años, Boyle, genio y figura *punk* cuya obra, hasta ahora dispesa aquí y allá en España, parece decidida a quedarse en Impedimenta (que acaba de publicar *Música acuática* y también cuenta en su catálogo con *Las mujeres* y *El pequeño salvaje*), sigue viviendo en la casa que diseñó uno de sus personajes (**Frank Lloyd Wright**), sigue vistiendo de negro, como una *rock star* cualquiera, sigue tomando para desayunar los cereales que creó otro de sus personajes (**John Harvey Kellogg**), y sigue escribiendo cuatro o cinco horas al día, siete días a la semana, con música de cello de fondo, sin saber muy bien hacia dónde avanza la historia que tiene entre manos, abriéndose camino a través de ella como lo haría a través de una tupida selva, porque el escritor, dice, es un explorador, y está condenado a explorar un territorio desconocido, una y otra y otra vez. Sólo que no explora una tierra indómita, como el bueno de Mungo, sino una brumosa y, para algunos, inalcanzable: la del subconsciente.